



*Obituario*

# **Sin referente empírico**

Jorge Eugenio Dotti (1947-2018)

*Leonardo Eiff*

# Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

## Sin referente empírico Jorge Eugenio Dotti (1947-2018)

Por Leonardo Eiff

Murió Jorge Eugenio Dotti; la semana pasada. Los que habitamos, o circulamos, por la Facultad de Ciencias Sociales lo veíamos con cierta distancia; aquella que suscita la extraña relación entre “Marcelo T.” (uso la nomenclatura antigua) y Púan. Dotti no tenía mayor estima por las ciencias sociales y a menudo les dedicaba frases lapidarias: “descreo en la capacidad de las ciencias sociales para una *comprensión* que no consista simplemente en proveer masa empírica a categorías inferidas de premisas de las que no pueden dar cuenta desde la cientificidad constitutiva de las mismas disciplinas”. O hacemos encuestas o hacemos filosofía. Desoyó cualquier otra forma de comprensión que no fuera la filosófica; *lectura filosófica* la llamó. Algunos tarambanas en nuestras universidades pretenden transformar ese llamado en rutina burocrática, peritaje de títulos o patrullaje disciplinar. Pero la lectura filosófica es un modo de indagar *las vetas del texto*: es apertura, apuesta y exceso. Puede leer, por ejemplo, *Moby Dick* como un *roman à clef* de la modernidad política y sus contrapuntos constitutivamente desgarradores: el estado de naturaleza y el estado civil, el mercado y el soberano estatal, el mar y la tierra, el Behemot y el Leviatán. Algo similar podía suceder con *Las teorías salvajes*, novela de Pola Oloixarac, o con la fisonomía política del kirchnerismo. El cedazo de la lectura filosófica los impulsaba hacia las preguntas fundamentales o hacia la metafísica política del *nomos*. ¿Cierta exageración teorícista? ¿Quién sabe? Era el precio de una lectura desbordante, sin el auxilio del contexto, la medida empírica o la circunspección (o cobardía) académica.

Decía que a Dotti lo teníamos, y nos tenía, a cierta distancia. No puedo, entonces, regar este obituario (teoricista) con sentidas anécdotas de su largo paso por las aulas de la Facultad. Pero me llegaron algunas, contadas, como en lontananza. La primera, muy conocida, refiere a la imposibilidad de comenzar sus clases si no contaba con el escritorio o mesa de profesor. Sabemos que en nuestras universidades no existe una concordancia aritmética entre las aulas y los materiales que garantizan la cursada<sup>1</sup>, y muchos de nosotros habitualmente recorremos los pasillos en busca de un aula vacía equipada con elementos plausibles de sustracción. No imagino a Dotti patrullando pasillos, y no sé si imaginarlo vociferando italianas puteadas o paralizado como un personaje kafkiano *ante* la ausencia de la mesa. Como sea, se trata de los avatares del filósofo ante la contingencia del mundo; y los alumnos deberían reír, filosóficamente, como aquella campesina tracia ante el tropezón y caída de Tales. Segunda: me cuentan que Dotti estaba ofreciendo un curso sobre Leo Strauss y nunca llegaba a Strauss; tiene un problema con las fuentes, me cuchichean. Retrocedió hasta las lecturas de la Biblia y ya no podía

<sup>1</sup> Empleo el lenguaje de la militancia universitaria. Aunque estamos al tanto de la primacía de la contingencia, de los significantes flotantes, procuramos *garantizarlo* todo y todas. Pero como sugiere Andrés Rosler, en relación a los usos partidistas del derecho: “Si usted quiere una garantía, compre una tostadora”.

salir de ahí. La erudición dottiana no tiene parangón, es apabullante, portentosa, estimulante, y como tal, a menudo, gira sobre sí misma, transformando al piadoso Strauss en Godot. La lectura filosófica es talmúdica y no hay por qué quejarse; más bien lo contrario. Tercera: en 2010, Diego Tatían lo invitó a disertar sobre la Revolución de Mayo en el contexto del bicentenario, pero Dotti se negó y argumentó: “estoy en contra de la Revolución de Mayo, Moreno y los otros revolucionarios estaban todos locos”. ¿Quién puede estar contra la Revolución patria? Quizás es el montaje de una pantalla intelectual para simular desgano, el mero capricho o la descortesía, aunque acaso sea un ejemplo de vida filosófica: el pensador de la estatalidad se rehúsa a legitimar las voces de la revolución, cuya belicosidad despedaza la unidad política que hace posible la vida en común. En tiempos a-estatales, el teórico hobbesiano se recluye, huraño, y sólo combate con textos, o en el Texto.

Su nombre quedará amarrado a una figura mayor del pensar universal (u occidentalmente universal). Es el destino estrábico de nuestra cultura: Echeverría con Leroux, Quesada con Spengler, Arlt con Dostoyevski, Astrada con Heidegger, Viñas con Sartre, Masotta con Lacan, Aricó y Portantiero con Gramsci, un largo etcétera, y luego: Dotti con Carl Schmitt. Su obra parece aceptar una “filosofía de las ideas argentinas” en la relación de lo local con el pensar europeo: Alberdi y el romanticismo, el positivismo durante el Centenario, la lectura justista de *El Capital*, la recepción de Kant (*la letra gótica*) y finalmente la recepción de Schmitt. Su *opus magnum*. La noción de *recepción*, como bien señaló Horacio González, no parece la más adecuada, por sus implicancias vicarias, ni para comprender el derrotero de las “ideas argentinas” (en caso de probar su existencia) ni para calibrar la trayectoria intelectual de Dotti. *Carl Schmitt en Argentina*, publicado en el 2000, es una gran historia del nacionalismo y el esbozo de una operación intelectual de calado: el socavamiento de las dos vigas maestras que estructuraron el pensar político vernáculo, el liberalismo y lo nacional-popular. Un acercamiento no romántico al pueblo y el rechazo del pluralismo societal en su pugna por devenir Estado, anuda la lectura de Schmitt al mayor problema político-intelectual del país de los argentinos: la imposibilidad de pensar el Estado. Por supuesto que existe un enorme trabajo de erudición sobre la obra del jurista alemán que desembocó en una interpretación poderosísima (comparable en América Latina solo a la maestría de Marilena Chaui para desmenuzar la obra de Spinoza), que roza las vertientes decisivas de nuestra época a partir del rechazo de los filosofemas que la signan (las abundantes variantes “post” y “neo”) y que caen ante el rigor de *lo teológico-político*.

Dotti renegó de cualquier complicidad, a veces con ironía y a veces con ofuscación, con los usos *prêt-à-porter* de Schmitt –se sabe: el decisionismo, la oposición amigo-enemigo o el filósofo nazi–. Sin embargo, y a pesar de su convincente esfuerzo por hacer de su autor un pensador del orden constitucional con la suficiente sagacidad para advertir que el régimen legal no puede sostenerse por sí mismo, es decir, que requiere, en última instancia, de la existencia de la dimensión soberana, cogollo de *lo político*, en caso contrario, cuando advenga la crisis el Estado carecerá de medios para defenderse, el sesgo de su intelección comparte la intensidad política que durante el pasado siglo fue el rasgo distintivo, humeante, de la izquierda revolucionaria. Pero lo decisivo es que *lo político* se anuda a la verticalidad estatal, a la escucha teológica y a la mirada política frente a una sociedad cuyos grupos de intereses siempre son potencialmente belicosos. Es de ese modo que Dotti inhibe las lecturas explícitamente izquierdistas o democráticamente fofas a la Chantal Mouffe de Schmitt.

Escribí “Sin embargo”. Precisamente: la lectura schmittiana de Dotti es “italiana”. Formado en Roma, con una tesis sobre la filosofía política hegeliana, es un ejemplo de la vía italiana hacia la teología-política. El sendero provenía de los diversos marxismos. Además, en Argentina José Aricó realizó una edición pionera de *El concepto de lo político* (Folios, 1984) en los albores de la democracia, cuyo prólogo interpretativo versaba sobre la relación entre Marx y Schmitt (por otra parte, uno de los tópicos de la investigación dottiana) con el rabillo del ojo apuntando a la dificultad de la izquierda para pensar la singularidad de *lo político*. Dotti se declaró en varias oportunidades como *socialista*. Participó del Club de cultura homónimo, de la revista *Punto de Vista*, enmarcó sus apuestas políticas, digamos, dentro de la “hipótesis de Justo”. Un socialista de cátedra (sin el sentido peyorativo que le dio el leninismo), es decir, alguien que buscó ciertos tegumentos por fuera de los cánones liberales y nacional-populares. El socialismo como la corriente política cuyo sen-

tido se define en la pugna por restañar la autoridad del Estado de derecho, al que probablemente haya que aderezarle la sapiencia schmittiana (el Estado de excepción), que, por otra parte, lo vuelve incompatible con cualquier socialismo realmente, santafesinamente, existente.

Mi semblanza acaba con una vindicación de Jorge Dotti como ejemplo de pasión por los libros, las ideas, los placeres inútiles que no llevan a ninguna parte y cuyo ejemplo mayor es la revista de filosofía política *Deus Mortalis* (que fundó y dirigió). Sus intervenciones dentro de la revista fueron casi siempre desmesuradas, inasibles, ¿se trata de artículos, de libros, de ensayos deshilachados? Por ejemplo, en el número 10, traduce un texto breve (16 páginas) de Schmitt, *Ética del Estado y Estado pluralista*, y agrega unas “notas complementarias” que suman 215 páginas, y son en rigor un tratado filosófico político sobre la relación entre Estado y sociedad. Dotti era alguien capaz de escribir más de doscientas páginas para comentar un ensayo de dieciséis. Escribía sin referente empírico, ensimismado, abrumado por los textos pero lúcido, con la lucidez extrema que proviene de la filosofía entendida como modo de vida (lo que vuelve absurdo la separación entre los libros y la realidad).

En fin, estas escuetas líneas pretenden evocar una estirpe intelectual que, creo, tenemos la responsabilidad de heredar; como escribió Horacio González —el otro maestro de la reflexión filosófica argentina, su opositor simétrico—: “en las ideas y por las ideas, en esta Argentina que ya a todos se nos escapa”.